



Homilía - Eucaristía del nueve de julio Iglesia de Nuestra Señora del Rosario en Roma

| 09 DE JULIO DE 2021 • FR. CARLOS MARIO ALZATE MONTES, O.P. |

Este 9 de julio, festividad de la Patrona, Reina y Madre de los colombianos, nuestra Señora de Chiquinquirá, será recordado siempre con inmensa emoción, en efecto, ha sido un día intenso que comenzaba con una noticia insólita y dolorosa, pero que finaliza con un acto maravilloso lleno de significado y de simbolismo para los colombianos, sobre todo para los cristianos católicos, que amamos con singular devoción a María.

Esta montaña rusa de acontecimientos, de alguna manera refleja lo que es nuestro pueblo, una nación donde siempre ocurren cosas contradictorias, donde, como dijera alguno, la realidad siempre supera la ficción, donde debemos estar siempre preparados para vivir experiencias únicas en el concierto mundial y, para fortuna nuestra, este día ha girado en torno a María, a nuestra Señora la Virgen del Rosario de Chiquinquirá.

En efecto, hemos rendido un homenaje sencillo pero sublime, que nos ha convocado aquí en Roma, pero que ha sido seguido con fervor y con cariño por el pueblo colombiano. En este momento, gracias a Cristovisión, hemos llegado a muchos hogares de compatriotas nuestros, y podemos contarles que cumplimos la noble tarea que se nos fue asignada. Gracias a la representación diplomática de Colombia ante la Santa Sede y la Provincia dominicana de san Luis Bertrán, hoy dejamos un pedacito de Colombia en el corazón de la Iglesia. Ofrecimos el mosaico de la Virgen al Santo Padre, y él hubiera querido acompañarnos en tan magnífico acontecimiento, pero se encuentra hospitalizado y hacemos votos para que sea pronta su recuperación, pueda retomar el timón de la nave y seguir enseñándonos y dándonos ejemplo de fidelidad, de valentía, de creatividad, de grandeza.

Algún hermano cristiano no católico cuestionaba un día la devoción a la Madre del Señor, le respondía con las palabras de un Santo Padre “Dios hubiera escogido cualquier camino, los tenía todos para manifestarse, para venir a la tierra, para asumir nuestra condición mortal, para redimirnos. Escogió el que consideraba el mejor, escogió el seno de la Virgen”. Dios quiso tener su paraíso y su paraíso se llamaba María escribió san Grignon de Montfort. Quiso tener esta madre, la pensó, y al pensarla la creó bella, inmaculada, perfecta, santa, dulce, sublime, encantadora. Quiso gozar de las delicias de un hogar en Nazaret durante 30 años donde vivió, aquello que llamamos el Evangelio oculto, la vida familiar sin estridencias, sin ruido en una intimidad seductora en la que no podemos penetrar, pero en la que intuimos que fueron años de aprendizaje, de gran calor humano, de ternura infinita de compenetración de alma y de corazón.

Y cuando Jesús comienza su vida pública, aparece ella abriendo la puerta. Invitando a aquellos sirvientes de la boda a que hicieran lo que su hijo les dijera. Y su trasegar como discípula del maestro en medio de la sobriedad y de la delicadeza de no aparecer, de estar siempre, como decimos aquí en Italia en “*retros-cena*”, de quedarse oculta y tras bambalinas, acompañando a su hijo, seguramente meditando aquel misterio insondable que envolvía al Mesías y del cual ella era la más cercana.



Junto a la cruz, el Señor nos deja a su madre, su postrer regalo, lo último que le quedaba, y ella asumió con absoluta y plena fidelidad este mandato y nos acoge a todos. Como Madre del colegio apostólico, además de recibir a plenitud el Espíritu -que ya había recibido en la anunciación- se encarga ahora de confortar y de acompañar a la comunidad apostólica en ese reto formidable de anunciar el Evangelio a todo el mundo.

Por eso María llega a tierras americanas en los barcos de Colón, que rezaba el santo Rosario todas las noches contemplando el cielo constelado de estrellas, por eso el Santa María, que es el barco que encabeza aquella caravana asombrosa, será el primero que llegue a tierras americanas y de la mano de la Virgen los misioneros se abrirán camino, implantarán la cultura, fomentarán valores nuevos, también la defensa del indio en la construcción de una sociedad mestiza, pluralista, cósmica, abierta a lo espiritual.

Chiquequirá, que significa tierra sacerdotal, fue escogida por Ella en el caso de Colombia -como en tantos otros lugares del continente- como un sitio en el cual quiso plantar su tienda y mostrar su rostro indígena en aquella tela burda, en aquel costal en el que fue pintada con tierra de colores y con sumo de frutas la imagen hermosa de nuestra Señora.





Desde entonces y hasta hoy, como lo decía el padre Provincial en su alocución en los jardines vaticanos esta tarde, la Virgen ha estado siempre ahí, acompañando, bendiciendo, consolando. Nunca nos ha faltado su protección maternal y jamás se ha oído decir, como dijera San Bernardo: *“que ninguno ha sido abandonado por vos”*.

Virgen de las vírgenes, Madre nuestra, Señora de la redención. Gracias porque has estado grande, porque has sido mucho más de lo que podemos pedir o esperar y porque tu presencia ha consolado y ha servido de refugio, a lo largo de cinco siglos, a tantos.

Ya lo explicaba el señor embajador cuando nos relataba de una manera impresionante la presencia de María en los momentos coyunturales de nuestra trágica historia, en las grandes tragedias, en los grandes logros de esta nación que la ama, que la respeta y que la reconoce como su ícono más precioso y su inspiración de unidad y de comunión más confiable, en épocas turbulentas y complejas como las que nos han tocado vivir.

En esta Eucaristía, queremos pues, darle gracias a Dios porque la tenemos a Ella y porque en este día, en el que su imagen ha sido violentada por una mano infame, ha sido providencial que ese lienzo se ha protegido como lo ha hecho siempre de las

inclemencias del tiempo, de la avaricia de algunos, del esfuerzo de tenerla otros, también del fervor y de la emoción de tantos peregrinos, y sin embargo Ella ha estado siempre ahí frágil, como somos todos, pero imperecedera en el tiempo y grande, noble y siempre actual en el amor que le tenemos y en su capacidad de escucha y de comprensión de nuestras infidelidades y sufrimientos.

Que el Señor nos bendiga a todos, que el Señor nos permita, desde Roma, corazón de la cristiandad, sentir presente la figura de María y con Ella implorar la salud del Santo Padre y la superación de todas las dificultades por la que atraviesa nuestro país. Hoy como ayer, Ella ha venido, ha salido de su Camarín a visitarnos y, como en otras épocas, cuando acudía en ayuda de quienes sufrían los rigores de las pestes, de las catástrofes, de las calamidades, hoy también visita cada corazón, cada comunidad, cada familia, trayendo un mensaje de esperanza, de alegría, de reconciliación.

Que los colombianos acojamos esta oferta, que depongamos el ánimo pendenciero y egoísta que nos oprime y nos abramos a la gracia, que como en el caso de Isabel, en el Evangelio que acabamos de oír, trajo María, porque el Señor ha hecho grandes cosas por nosotros, su Nombre es Santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Amén.